

Las páginas que siguen son fruto de las observaciones, impresiones y diálogos tenidos en cinco repúblicas socialistas centroeuropeas: Checoslovaquia, República Democrática Alemana, Polonia, Hungría y Yugoslavia. El viaje duró un mes (agosto 1966). El vehículo de locomoción fue el automóvil, y el motivo aducido en las visas, el simple turismo.

No quisiera que mis afirmaciones aparezcan como conclusiones de un largo y detenido estudio. Son simplemente —el título lo indica— impresiones más o menos acertadas, más o menos imprecisas. Para que pudieran gozar de valor científico hubiera sido necesario mucho más tiempo y más medios, encuestas, publicaciones, archivos, el conocimiento de las lenguas regionales, etc., etc. Por eso mismo mis aseveraciones no pueden aplicarse con rigidez y uniformidad a los distintos países visitados.

Quisiera ser lo más justo posible. Es fácil dejarse llevar por unilateralidades de uno u otro signo. Lo observé muchas veces entre mis interlocutores. Para algunos comunistas, todo marchaba viento en popa, todas las dificultades y problemas se iban solucionando paulatinamente y el paraíso se acercaba aunque con lentitud. Y no me cabe la menor duda de que creían sincerísimamente cuanto me decían. Por el contrario, algunos católicos no veían que el socialismo hubiese logrado nada bueno. Naturalmente, también encontramos espíritus críticos y abiertos entre unos y otros que sabían discernir y exponían con sinceridad los logros y los fallos del sistema. Esto último quisiera yo reflejar con la mayor objetividad posible.

1.—Algunos logros económico-sociales.

Comenzaré por exponer el lado positivo, las conquistas del socialismo en pro de las clases trabajadoras. Era, naturalmente, lo primero que oíamos de labios marxistas, lo mismo en Praga que en Varsovia, en Berlín o Budapest. Expresamente no cito ninguna ciudad de Yugoslavia, pues allí no están tan claras tales mejoras.

Lo más significativo es que hay trabajo para todos, abundante y variado. El desempleo no se conoce. Al contrario, de todas partes surgen llamadas a los trabajadores. En los países capitalistas esta necesidad de mano de obra se ha satisfecho en parte con la afluencia de emigrantes del sur (España, Italia, Portugal, Argelia, Marruecos, etc.). Pero a los países socialistas no emigran los trabajadores, pues los salarios son más bajos y la moneda socialista no es reconocida en Occidente. Así, el trabajo llama a todos, y todos se incorporan a él. Casi todas las mujeres trabajan fuera del hogar. Normalmente, el salario del hombre no basta, pero con el trabajo de dos miembros de la familia la vida sale adelante sin excesivas estrechuras aun para los más humildes. Al cruzar el telón de acero y adentrarnos por los campos de Checoslovaquia nos impresionó ver a todo el pueblo —hombres y mujeres— entregados al trabajo. Al pasar por Pilzen quisimos tomar una cerveza, pero nos fue imposible encontrar un bar abierto —era hora de trabajo—. Seguramente que habría alguno, pero no dimos con él.

Esta universalidad del trabajo exige una buena cantidad de guarderías infantiles para que la madre pueda dejar tranquila a sus hijos de edad no escolar. Las hay suficientes y casi gratuitas. Los niños permanecen allí durante la jornada de trabajo y son reco-

Impresiones de los países

gidos por la tarde. De este modo la maternidad no obsta al trabajo universal.

Otra conquista del socialismo es la educación gratuita para todos y en todos los niveles. La educación primaria, secundaria y universitaria son gratuitas. Más aún, al universitario se le da además un estipendio para sus gastos personales, variable en razón inversa al salario de sus padres. Un universitario de Varsovia me contaba que recibía 900 zlotis mensuales (cerca de 40 dólares). De este modo, quien tiene afición y cualidades para el estudio puede dedicarse a él sin excesiva dificultad. Claro está que no todos estudian carrera, ni mucho menos, pues en numerosos casos es necesario en la familia un sueldo más. Por otra parte, la atracción de la carrera universitaria no es tan grande como en nuestros países, ya que luego la diferencia de salarios entre un obrero especializado y un médico o un ingeniero no es muy llamativa. Incluso hay países donde el médico o el profesor ganan menos que un buen mecánico, por ejemplo, en Checoslovaquia.

El seguro de enfermedad para todos —con lo que se evita la odiosa diferencia entre medicina privada y del seguro— es otra realidad socialista. También sucede, claro está, que —a pesar de la prohibición del ejercicio privado— el médico se resarce del bajo sueldo oficial recibiendo a pacientes distinguidos o amigos y cobrando sus honorarios como todo buen médico capitalista. De todos modos, puesto que la inmensa mayoría —y la vía legal— va por el camino del seguro, el cuidado al paciente se ha ido igualando, tanto en el examen personal como en la recepción y atención en hospitales.

El retiro también está asegurado para todos, hombres y mujeres. De esta forma el obrero, aunque lleve una vida económicamente al día —pues no le llega para poder ahorrar—, puede mirar con tranquilidad el

un viaje por socialistas

Por PLACIDO DIEZ, S. J.

futuro. Sabe que mientras tenga edad no le faltará trabajo. En caso de enfermedad todo le será gratuito y en la vejez tendrá su retiro. Lo mismo hay que decir de la mujer. Y, sobre todo —y aquí está la mayor diferencia con los países capitalistas—, el obrero ve que sus hijos pueden tener una preparación para la vida que les permitirá escalar puestos más altos.

Otra característica de la vida socialista es la relativa igualdad. No que no haya privilegiados. Existieron y siguen existiendo, como diremos más abajo. Pero lo cierto es que las diferencias de salarios entre un hombre con carrera y un peón físico es a lo más el doble o el triple, rara vez el cuádruplo. También es cierto que los altos funcionarios nadie sabe lo que reciben o lo que ellos mismos se toman. Pero son abusos —por más numerosos que puedan ser— y no lo legal, lo justo, como se consideran en nuestros países las astronómicas diferencias.

Esta universalidad del trabajo y, por tanto, del hombre "trabajador" ha producido una real democratización de la vida. El obrero puede estar —y está de verdad— en todas partes. En los mejores cafés y restaurantes veíamos rostros y manos de obreros. En Budapest, paseando por la isla Margarita, en el centro del Danubio, me decía un obrero comunista: "Antes no podíamos venir aquí. Esto era sólo para los capitalistas." Es cierto que sigue existiendo la diferencia del dinero. El carro, aun el pequeño y lento Trabant, continúa siendo bocado apetitoso y vedado al obrero, lo que no sucede, por ejemplo, en la Alemania libre. Pero la eliminación de las clases se está efectuando y a nadie llama la atención el que un comandante se case con una obrera o que un obrero se case con una comandante (que también las hay).

Si quisiéramos resumir en un pequeño párrafo —con el enorme riesgo de la generalización— diríamos:

El pueblo más bajo ha ganado, sobre todo si tenemos en cuenta que estas naciones eran paupérrimas y que fueron destrozadas por la guerra. Varsovia, por ejemplo, tuvo que volverse a levantar por completo. Pues bien, el antiguo pobre ha obtenido trabajo seguro, productos alimenticios baratos y abundantes, habitación pequeña, pero a bajo precio, educación para sus hijos y seguridad en su vida. Podemos exceptuar a Yugoslavia, de la que han debido emigrar cerca de 250.000 por falta de trabajo.

Con todo, quiero añadir esta anotación. Si comparamos el nivel de vida del obrero en estos países socialistas con el del obrero alemán occidental, suizo, francés, belga u holandés, creo que el obrero socialista está en un nivel inferior. Es decir, que el socialismo, una vez salvados los primeros pasos de dar a todos pan y educación, trabajo y casa, la maquinaria económica parece ser más lenta y el progreso ulterior, menor. Esto parece deberse, entre otros motivos, a la tremenda carga burocrática que sofoca el esfuerzo renovador, a la falta de iniciativa privada y a la carencia de libertad real para la crítica.

2.—Algunas injusticias en el socialismo.

Un vicio común es el del proteccionismo, me decía un comunista. Los amigos ayudan a los amigos a escalar puestos; los parientes, a los parientes. Esto se aplica, sobre todo, a los miembros del partido, quienes reservan para sí o para sus simpatizantes los puestos más lucrativos y que menor esfuerzo exigen. Naturalmente, también ocupan los centros de mayor responsabilidad. De modo que quien no es miembro del partido o, al menos, amigo difícilmente obtendrá puestos de importancia.

Unida a esto va la discriminación por motivos ideológicos. Sobre todo, el que es católico practicante es eliminado con uno u otro pretexto de los cargos públicos, de modo que o disimula su fe o tendrá que trabajar en lugares más oscuros. He hablado con varios de estos casos personalmente.

El partido lo penetra todo, lo dirige todo. Unas veces, pública; las más, ocultamente. Si hay una asamblea de trabajadores, ya está determinado lo que se va a proponer y decidir. Y si hay proposiciones contrarias, se sabotean de una u otra forma. Si hay una acusación contra alguno, antes del juicio quedará establecida la sentencia que se ha de pronunciar. Se dice que hay libertad de crítica, pero quien critica públicamente encuentra después obstáculos inesperados en su carrera. Para no citar más que un caso, la revista "Praxis" —publicada por la Sociedad Croata de Filosofía, grupo de jóvenes profesores marxistas de Zagreb— ha dejado de tener la ayuda financiera estatal y ha sufrido el ataque de Tito por haber promovido la libertad general de crítica. Probablemente, la revista quedará liquidada. Y esto sucede en Yugoslavia, donde existe un régimen algo más liberal, pues tiene que pagar sus errores económicos mendigando dólares americanos y haciéndose más tolerante. Los demás países socialistas dicen que Tito es un capitalista.

En general, el partido es tolerante y aun liberal para quien se limita a trabajar y gastar el dinero ganado. Pero es terrible para quien se permite el lujo de hablar en contra. Así, cerrados a la crítica exterior, y amigos sólo de la fácil autocrítica, los altos camaradas se aferran más y más al poder, al dinero y a la

vida fácil. En 1957 escribió Milovan Djilas, amigo y colaborador íntimo de Tito, el libro "La nueva clase", en el que con toda sinceridad execraba la dictadura de la oligarquía. Mereció nueve años de prisión. En estos nueve años la cosa se ha suavizado, pero no todo lo necesario.

3.—El cáncer del socialismo: la burocracia.

Los mismos comunistas llaman a la burocracia "la burguesía roja". Yo prefiero llamarla cáncer. Lo invade todo, principalmente los centros vitales, mata la vida y el movimiento, la agilidad y la gracia. Y, sin embargo, dentro del sistema, parece ser casi una necesidad. Todos los comunistas reconocen su existencia. Dicen que se hacen grandes esfuerzos por eliminarla. Pero no lo logran. He oído que en Bulgaria ha disminuido, pero no puedo atestiguarlo.

Es fácil explicar el porqué del enorme aparato burocrático. La eliminación de la propiedad privada de los medios de producción exige un esfuerzo colosal para dirigir toda la maquinaria económica hacia una mayor y mejor producción. Esto lleva consigo el análisis y control de todo. Por otra parte, la carencia de interés privado pide una mayor inspección del trabajo, pues la seguridad de no ser echado del puesto ni de que sea rebajado el sueldo paraliza el esfuerzo del trabajador. En las fábricas existe la posibilidad del premio económico cuando se supera la producción establecida. Pero en el sector de servicios no puede existir el control de producción y el que paga el des-cuido del funcionario es el cliente, es el pueblo.

También el hecho de que la propiedad sea "común" y los sueldos bajos favorece el que muchos roben con conciencia tranquila todo lo que puedan a la cosa común. El mercado negro de dólares, por no citar más que un caso, prolifera. En Polonia (Varsovia y Krakovia) nos abordaron cerca de veinte veces ofreciéndonos el cuádruplo del cambio oficial.

Para evitar todos los pequeños o grandes latrocinios viene la enorme cantidad de papeleo —y de sueldos a funcionarios que gastan los años llenando papeles que nadie leerá probablemente—. Hay que rellenar más y más papeles para conseguir una habitación, para arreglar un carro, para cambiar unos dólares, para prolongar un día la estancia en un hotel, para obtener la carta verde. Y lo peor del caso es que para el mismo asunto te reenvían no ya de una ventanilla a otra, sino de una calle a otra. Hay que esperar, hay que volver, en fin, hay que llevar almacenada una buena dosis de paciencia o de sentido del humor. Si no, se sufre bastante en los países socialistas. Claro que las oficinas estatales marchan lentamente en todas partes del mundo. Pero lo malo del socialismo es que todas las oficinas son estatales.

Lo que señalaba más arriba respecto al proteccionismo y al arrivismo tiene una estrecha relación con el burocratismo. El deseo de liberarse del trabajo manual o de liberar a amigos o parientes hace crear o impide eliminar cargos y puestos innecesarios. De este modo aumenta el número de población improductiva y, en consecuencia, el obrero tiene que trabajar y producir para todos, para el político, para el burócrata, para el estudiante. A la hora de repartir es evidente que el dividendo será menor. Y lo peor es que el mejor bocado se lo lleva el que nada ha producido y que solamente ha controlado al productor.

4.—La falta de iniciativa privada.

Si la burocracia asfixia al socialismo, la falta de iniciativa privada le paraliza el corazón. Ciertamente, en la ideología marxista, la creación del hombre nuevo es el objetivo más fundamental. Con el hombre nuevo que ha superado el egoísmo individualista para convertirlo en auténtica fraternidad, la situación cambiaría verdaderamente. Lo problemático es si por el camino de la economía y política socialistas seguidas hasta el presente se va a llegar a formar ese nuevo tipo de hombre. Hasta ahora no parece que se haya logrado, al menos en general, que es lo que cuenta.

Y con el hombre normal, el que todos conocemos, la falta de acicate y estímulo personal supone la paralización de sus actividades y de su ingenio, de su inventiva y de su interés. Esto no puede aplicarse a los que ocupan altos puestos, pues en ellos el éxito personal es la mejor garantía —aparte del proteccionismo— de permanencia y ascenso. Pero sí se aplica justamente a los miles y millones de pequeños ciudadanos que, cada uno en su puesto, son los que deben llevar la nación adelante. No dudo que los altos dirigentes de la economía ponen todo su esfuerzo en planificar y dirigir lo mejor posible cada uno de sus países. Pero si el interés no llega a la base ciudadana, los planes habrá que realizarlos a base de control, autoridad y fuerza, y esto no puede conducir al progreso. El pueblo encuentra siempre el agujero por donde liberarse, cuando la ley no le convence.

Podría citar muchos casos, grandes y pequeños, que muestran la improductividad e ineficacia cuando falta el interés privado. El caso más claro es la agricultura de Yugoslavia. Antes de la guerra exportaba trigo. Ahora, con sus famosas cooperativas, debe recibirlo de USA. En Polonia, Gomulka ha sido más inteligente y no ha querido llevar por la fuerza la socialización de las tierras —excepto en el caso de los latifundios—. Así, el agricultor polaco sigue con sus sistemas antiguos y aun anticuados, y sólo cuando se va convenciendo de la mayor productividad del trabajo en común comienza a participar en él, a mecanizarse y socializarse.

Para el turista, la falta de interés privado se hace patente en la escasez de hoteles. En Berlín oriental, por ejemplo, estuvimos más de dos horas buscando habitación. Por fin pasamos al occidental y lo encontramos en diez minutos. En Zvolen (Checoslovaquia), después de haber recorrido inútilmente los hoteles, encontramos una residencia de estudiantes, pero nos tuvieron más de una hora en la ventanilla para hacernos la inscripción. Y eso que no tuvimos que hacer cola, pues estábamos los primeros. Cosas parecidas podríamos decir de Varsovia, Krakovia o Budapest. Por el contrario —y así se ve la iniciativa privada—, cuando en Zagreb circulábamos lentamente por el centro de la ciudad, una señora nos detuvo y ofreció alquilarnos habitación. Al margen de la ley había convertido su casa en hotel y ella misma buscaba los clientes en la calle.

Claro está que el exceso de iniciativa privada o, mejor dicho, el poco control de ella ha conducido a los abusos del capital que todos condenamos. Pero el otro extremo es también deplorable y, a la larga, redundante también en detrimento del pueblo, que es quien más sufre cuando las cosas no marchan bien.

Agosto 1966